

Al través de la historia de la puericultura. La distribución de aire puro en las ciudades

El Congreso internacional de Protección de la Infancia acaba de celebrarse con un éxito rotundo. A este propósito he tenido ocasión de repasar someramente la historia de la puericultura, arte que se cree es muy moderno, pero que, en realidad, es muy antiguo. Esa revisión me ha mostrado que si bien los antiguos, en relación con sus recién nacidos, no pueden ser considerados como libres de reproche, la condición de los pequeños hacíase, sin ningún género de duda, menos favorable a medida que la humanidad iba creciendo.

Bien miradas las cosas, es indudable que la puericultura consiste esencialmente en el capítulo de la alimentación de los infantes. Los restantes cuidados resultan secundarios, y poco *han* variado en el transcurso de los siglos. En cambio, por lo que a la aumentación se refiere, las faltas han ido probándose cada día más.

En todo tiempo las mujeres han tenido una tendencia pernicioso en prescindir de lo que se ha llamado el más santo de los deberes. No insistiré en las razones de todo orden que les han inducido, siempre que han podido, a no criar a su hijo; cada uno puede enumerarlas. Pero durante mucho tiempo sólo les quedó un recurso, el de confiar su pequeño a una extraña, una nodriza mercenaria que la dispensaba de los cuidados que no quería asumir. Es por lo que los antiguos puericultores, ya fuesen cronistas como AULIN GELLE, naturalistas como PLINTO, médicos como CELSO y más tarde también los primeros pediatras como Simón DE VALLEMBERT, los cirujanos como Ambrosio PARE, los poetas como SCEVOLA DE SAINTE MARTHE o Claudio QUILLET, han tenido que destinar todos un capítulo importante a la elección de nodrizas y a los defectos que pueden hacerlas indeseables. De paso no dejaban de atacar enérgicamen-

te esa costumbre que se implantaba cada vez más de entregar los niños a una mujer que no *es* su madre y mostraban, pero en vano, los peligros a que los exponían tratándolos de esta manera.

Esta práctica constituía un peligro que podía llegar a ser grave: pero que encontramos hoy muy aceptable. Si el niño estaba privado del alimento que podemos calificar de ex profeso para él, admirablemente adoptado., desde las primeras horas, para su destino, el que le ofrecían era el mejor sucedáneo que podía haber. Las cosas se agravaron muchísimo durante el siglo XVIII cuando pensóse en emplear la leche de animales. A decir verdad, no debe creerse que las fantasías de VAN HELMONT o las paradojas de LASCAZES DE COMPAYRE hayan contribuido mucho en este cambio tan importante. Las mujeres fueron llevadas a él por la facilidad mucho mayor que les ofrecía y por la economía que representaba. Pero, en realidad, fue un desastre, porque la técnica de esta lactancia era a todas luces insuficientemente codificada por falta de estudios suficientes. Desastre o no, lo cierto es que la costumbre *no* tardó en tomar incremento, a pesar de las protestas elocuentes de ROUSSEAU, y poco a poco llegóse a algo tolerable con esta alimentación detestable.

No creo que este epíteto necesite justificación. Aun en **nuestros** días, con las precauciones que hemos llegado a considerar como naturales, la lactancia con leche de vaca dista mucho de dar buenos resultados en todos los ni-

ños, pudiendo afirmarse, conforme lo he hecho ya — y otros antes que yo —. que criar así a los niños es un verdadero *tour de forcé*. El que lo hayamos conseguido muchas veces no significa que sea siempre así.

Pero entre los perfeccionamientos que hemos introducido en esta alimentación anormal hay uno que ha agravado aún más las cosas: me refiero a la necesidad que hemos creído **necesaria** de esterilizar la leche de vaca. Con ello hemos **convertido** esta leche en menos -asimilable aún para el niño, al que **le** era ya difícil asimilar un alimento que no está hecho para ellos, sino para las terneras. La leche así tratada — y con tanto mayor motivo cuanto mejor ha sido esterilizada — es **un alimento** muerto y que sólo de un modo muy imperfecto desempeña el papel que le corresponde. Conocidas son las modificaciones que ha sido preciso introducir en la técnica de la lactancia para obviar este nuevo peligro. Pese a todos los cuidados y precauciones, distamos mucho de la lactancia natural, tal como la encuentran en la naturaleza los animales, aun los más pequeños. Por lo dicho vemos que, por el contrario, a medida que ha ido transcurriendo el tiempo, hemos dado cada vez más preferencia a lo artificial en contra de lo natural.

Pero **DO** nos hagamos grandes ilusiones, porque no es fácil que consigamos gran cosa. El hábito ha sido adquirido y poco *lo* modificaremos. De aquí que sean de alabar los esfuerzos realizados por los puericultores para hacer lo menos grave posible el

peligro. En todo tiempo, ésta ha sido su tarea: reducir las nocivas consecuencias de hábitos contra los que todos los racionales se estrellan.

Esta lucha del puericultor contra la negligencia de las madres — y también de los padres — ha ido dirigida siempre en el mismo sentido, hasta el punto que, leyendo varios de ellos, parece que siempre leemos el mismo. Son invariablemente los mismos argumentos que exponen, idénticos principios que defienden o escriben antes de nuestra era o más tarde, de los siglos XVI al XIX. A este respecto, algunos han acusado a ROUSSEAU de haber copiado a DES ESSARTS. De la propia manera, habrían podido acusar a éste de plagio con respecto a sus predecesores. Son siempre las mismas equivocaciones que unos y otros, sucesivamente, han tenido que corregir, las mismas ideas sanas que han tenido que divulgar. En nuestros días, su tarea se ha complicado, pero, prescindiendo de los

detalles, se ha mantenido invariable, y cambiando una palabra podríamos repetir aquí la frase de PASCAL: "Toda la serie de puericultores debe ser considerada como un mismo puericultor que subsiste siempre."

El vulgo gusta mofarse de los hombres que tienen ideas nuevas. Estas, por su misma novedad, van en contra de las costumbres y parecen más o menos paradójicas, o hasta absurdas. Pero todos los conceptos originales han pasado por esta fase de incompreensión antes que su realización haya mostrado que podían ser perfectamente aceptables, habiendo después entrado en la masa de cosas admitidas, y nos olvidamos después de que pareciera inverosímil al principio.

La idea que ROSENTHAL acaba de exponer a la Sociedad de Patología comparada pasará, sin duda alguna, por una fase de incompreensión y de burla. ¿Será

llevada a la práctica? Esto ya es otra cosa. Me parece que algunos de los obstáculos que tiene este proyecto no son suficientemente tenidos en cuenta. ROSENTHAL pretende distribuir aire puro en las ciudades, de la misma manera que se distribuye agua pura. De razón es decir, como él, que si el agua impura produce la fiebre tifoidea, la disentería y otras enfermedades, el aire viciado es, asimismo, nocivo, y estamos en lo cierto cuando decimos que el aire de nuestras ciudades es extraordinariamente sucio.

Siendo así, dice, hagamos con el aire lo que hemos hecho ya con el agua, vayamos en busca de aire puro donde abunda, en las costas bretonas o en los ventisqueros de los Alpes, llevémoslo a las ciudades mal olientes, despojemos este aire en el camino del polvo que lleva, de la misma manera que limpiamos el agua de sus impurezas, y proyec-témoslo en los almacenes, talleres, oficinas. Que sea suficiente abrir un grifo para aprovisionarse de este aire puro.

A primera vista, la idea parece razonable y hasta tentadora. Pero, a poco que reflexionemos, parece, pese a la sagacidad de los ingenieros, más difícil de llevar a la práctica. En efecto, el autor de este proyecto nos dice que el aire de París, por ejemplo, está tan contaminado en el vértice de la torre Eiffel como el de la calle Montmartre. Siendo así, imagínense la extraordinaria cantidad de aire que se necesitaría llevar a la capital, y con qué fuerza sería necesario proyectarlo para que pudiera exulsar el aire impuro cuyo espacio debería

ocupar. No es precisamente en a i local industrial, escolar o comercial en el que se trata de introducir aire respirable, como se hace con el agua potable, sino que es toda la atmósfera de una ciudad, y sobre todo de las formidables ciudades "tentáculos," de lo que se trata en este caso. Ello cambia de un modo extraordinario los términos del problema.

Ello tanto más cuanto que sabemos hoy limpiar bastante bien el aire de sus impurezas, a condición que se trate de espacios limitados. Hace pocos años que un gran industrial, el señor Menier, presentó a la Academia de Ciencias un dispositivo muy sencillo, susceptible de purgar el aire de un taller o de una fábrica del polvo, de los microbios y de los gases nocivos. Podríamos quizá empezar por aplicar, si no este proceder, por lo menos métodos análogos para la purificación í los locales en los que se trabaja. Obtener el mismo resultado en L calle, parece mucho más difícil.

Hace unos veinte años, un higienista alemán presentó un aparato para fabricar aire de montaña artificial. ¡Cuánto más atractivo es el proyecto de ROSENTHAL! Trabajar tranquilamente en la atmósfera de las alturasó dormir mecido por el aire de alta mar, es digno de seducir, no solamente a los partidarios de la higiene, sino también a los enamorados de los horizontes dilatados. Tan sólo el número extraordinario de tubos y el de fábricas o talleres que se necesitaría malogra algo tan luminosa perspectiva.

Enrique BOUQUET.